Educación, ó, á lo menos, será bien mezquina, sin condiscípulos

Éstas son las primeras ideas; éstos los derechos y los deberes de orden superior que revelan aquellas palabras:

CULTIVAR, EJERCITAR.

Comiénzase ya á columbrar por qué hemos dicho de la Educación ser, ante todo y sobre todo, obra de autoridad y de respeto.

CAPÍTULO PRIMERO

El niño: sus cualidades, sus defectos, sus recursos.

Cultivar, ejercitar, desarrollar, robustecer y pulir todas las facultades físicas, morales y religiosas, que en el niño constituyen la naturaleza y la dignidad humanas...

Ésa es la obra de la Educación.

El sujeto personal de la Educación es, por lo tanto, el niño.

Importa estudiarle á fondo, y ver de cerca lo que hay en él de grande, y los recursos que ofrece, y en nombre de qué noble naturaleza, de qué superiores facultades reclama las más esmeradas, á la vez que las más tiernas solicitudes, todos los cuidados, en fin, de un *religioso miramiento.*

Si este libro viniera á caer en manos de alguno de aquéllos á quienes tuve la dicha de educar, á buen seguro que no le sorprenderá mi lenguaje. En los tiempos de su Educación, hablábales yo de mi cariño con más frecuencia que no de las atenciones y respetos que debían tener para conmigo. No temía revelarles durante aquel tiempo feliz, que pasó como un ensueño, el secreto de mis más delicados deberes para con sus almas; gozaba yo en explicarles el misterio del respeto

con que los más piadosos instructores de la juventud creían que se los debía educar. Aquellos jóvenes amados comprendían mis lecciones; y es éste un homenaje que me complazco en tributarles, como será para ellos glorioso recibirlo; siempre se mostraron dignos de ser educados en la escuela del respeto.

Pero veamos: ¿qué es el niño, para que sea acreedor á tan religioso miramiento?

¡El niño! Pues es el hombre con todo su porvenir, encerrado en los primeros años; ¡el niño! es la esperanza de la familia y de la sociedad; es el linaje humano que renace; es la patria que se perpetúa; es como la renovación de la humanidad en su misma flor.

¡El niño! es una criatura amable, cuyo candor, cuya franca sencillez, cuya confiada docilidad se cautivan el afecto, y hacen concebir los más felices presentimientos: es la bendición de Dios; depósito del cielo, alma inocente cuyo apacible sueño aún no han turbado las pasiones, cuya rectitud no ha sido torcida por los halagos de la mentira ni por las fascinadoras ilusiones del mundo corruptor.

¡El niño! es un corazón sencillo y puro, al que puede la religión presentarse confiada, porque no tiene secretos intereses en resistirse á sus enseñanzas, sino que de buen grado se dejará enternecer por su voz y acento maternal.

Es la primera edad de la vida, tan dulce para vista, tan amable para cultivada, frecuentemente tan cómoda para instruída, tan dócil para formada en los más santos deberes, y siempre tan interesante para estudiada y contemplada de cerca. ¡Ah, sí, ya comprendo por qué la niñez fué tan querida del Dios del Evangelio! En ella todo respira gracia é inocencia. Hay en esta

primera edad algo como recien caído del cielo, que atrae todas las bendiciones de la divina mano, y que nos representa aquí abajo los más vivos encantos de la inocencia y de la virtud.

Quizás me dirá alguno: — Ya se ve, usted se saborea en hablar aquí de aquellos hijos de bendición que son la inocencia personificada, la pura docilidad, la mismísima discreción; á los que la naturaleza y la gracia parecen haber formado á competencia, y que semejan nacidos para ser el encanto del cielo y las delicias de la tierra.

—Pues no: aquí hablo de todos los niños, sean cuales fueren; tomo esta edad en su más amplia generalidad, y digo que hay en ella cierta gracia, cierta dignidad, cierta nobleza que le es peculiar: no sé qué reflejos de cielo, que delatan su origen divino y que no se hallan en el común de los hombres; en ese niño, tal como yo me lo represento, todavía no se ha ajado ni marchitado nada. Jamás ha cometido con reflexión una bajeza; jamás ha mentido con astucia; jamás, á sabiendas, ha despreciado ni odiado la virtud; la justicia, la equidad natural y la buena fe están vivas y enteras en él. Yo no lo niego: es cierto que consigo lleva, junto con la original mancilla, la inclinación al mal, — triste gaje de nuestra corrompida naturaleza; pero es un germen soterrado en las profundidades de su alma, el cual no ha tenido aún desarrollo ninguno.

Mejor que muchos conozco los defectos de la primera edad; y de repente verá cualquiera que ni quiero ni necesito disimularlos. Los largos años que al cuidado de los niños he dedicado, han sido para mí los más dulces de toda mi vida, pero también los más atareados; y si, antes de tiempo, han encanecido mis ca-

bellos, en el servicio de los niños ha sido. ¿Quién jamás trató con niños sin conocer, sin palpar cuánto hay que corregir y reformar en ellos por medio de la Educación? Así es la verdad, y lo diré sin empacho: en esta edad se hallan no pocas veces, á vueltas de las más felices inclinaciones, los instintos más perversos, la obstinación, la ira, los celos, la mentira, y — ¿por qué no decirlo? — la mismísima ingratitud, negra y todo como es; en esta edad sobre todo, el egoísmo, irreflexivo por su naturaleza, se muestra furioso, caprichoso, ardiente. En ninguna parte he hallado amor propio más metido en las entrañas que en los niños.

Si en sus primeros años fueron educados en la molicie, ¡con qué secreta repugnancia rechazan cualquiera verdad que los lastime! ¡con qué deplorable instinto se asen á todo lo falso y á lo malo, con tal que los lisonjee!

Es además la niñez edad curiosa, tornadiza, bullidora, ávida de pasatiempos, enemiga de sujeción; es la edad en que con tan dañoso empeño se abren los ojos á la vida, para descubrir todos sus encantos; es la edad que pasea con inquietud sus ávidas miradas por el riente escenario del mundo, para ver sus fementidas bellezas; es la edad, en fin, donde el corazón, aunque tan joven todavía, se avieja, y, abriéndose por primera vez á cuanto le rodea, solicita con ardor el alimento que ansía su instinto, y se apresura á gustar los vanos goces que quizás marchitarán muy pronto su inocencia.

Reconozco todo esto, y no tengo por qué disimularlo. Precisamente la inexperiencia, la debilidad, los incontables peligros, y, sobre todo, los defectos de esta primera edad son los que sobresaltan y alarman mi

ternura, y los que reclaman, aun de los más indiferentes, solicitud y cuidados paternales.

Lo repito, pues; ligera es la niñez, desaplicada, presuntuosa, violenta, obstinada: es edad de disipación, de arrebatos y de goces, edad de mil ilusiones; de ahí nacen casi todos los desvaríos de ella; de ahí se derivan los cuidados solícitos que pide su Educación; pero también — añadía Fenelón — es la única edad en la cual el hombre tiene completo dominio sobre sí mismo para corregirse. Ahora pregunto yo: ¿hay cosa más atractiva, y — estoy por añadir — más merecedora de respeto, que un ser tan joven, que hace esfuerzos por tornarse cada día mejor? ¿No veis en esto uno de los más gloriosos y más enternecedores privilegios de la niñez?

La edad madura, y, sobre todo, la vejez, casi carecen de todo recurso contra sus defectos; no pueden desposeerse del hábito fatal que han contraído, ni desarraigar el mal que en ellos ha envejecido. De ordinario no les queda más que una naturaleza débil y estragada por la mala costumbre.

Pero los niños tienen, sí, como los hombres, defectos *propios de sus cualidades*, pero, cuando menos, no tienen todavía esos otros defectos adquiridos, que el proceso del tiempo, la influencia de las costumbres y la fuerza fatal de la naturaleza, plenamente desarrollada para el mal, hacen llamar con justicia: vicios.

En ellos todo es flexible, todo es nuevo: fácil es enderezar estas tiernecitas plantas y elevarlas hacia el cielo. Nada se ha gastado, nada ha envejecido en estas jóvenes y vivarachas criaturas.

Y ved por qué, aun en medio de sus defectos, no hay cosa más amable para vista que el despuntar de

la razón y de la virtud en un niño, — *lilium inter spinas,* dice la Escritura; — nada más conmovedor que observar los primeros esfuerzos que hace contra sí mismo para corregirse. ¡Cuán necesario es entonces exhortarle y animarle! ¡con qué afecto hay que hacerle comprender y hacerle sentir que bendecimos á Dios al ver su valor, que nos felicitamos por ello! Persuadámonos de esto: nunca habrá demasía en alentar tiernamente al niño que trabaja por dominar y vencer su mal humor, que se duele de sus faltas, que se las reprende, que las confiesa de grado, que ama á los que le corrigen, y se pone á trabajar alegremente en el gran negocio de su perfeccionamiento.

Nunca se pondrán en ello demasiados cuidados: porque es frecuente equivocarse, sí; es muy ordinario el espantarse sin razón por los defectos de la primera edad. Bajo la más áspera corteza, muchas veces hay un tronco vivo y lleno de savia que ha de producir exquisitos frutos; como también, una superficie apacible y pulida oculta fondo engañador y malhadados principios de corrupción. Sobre todo, hay que desconfiar muy mucho de los que se ha dado en llamar *guapos chicos;* y no digo que deba uno prevenirse en contra de ellos; pero sí que debe recatarse mucho de los mismos, porque raras veces dan lo que prometen.

Al contrario, á pesar de las apariencias de ligereza, y á pesar de su vivísima inclinación al placer, puede un niño ser discreto, juicioso y sensible á la virtud. Muchas veces he hallado jóvenes de éstos, que bajo el bullicio exterior de su edad ocultaban un juicio y una cordura precoz, que tenían alma pura, carácter firme y decidido, aun en medio de la movilidad de sus impresiones; y he de confesar que estos niños eran los que

más interesaban mi corazón, tanto que había de ponerme en guardia contra las preferencias de mi afecto para con ellos.

Ninguna dificultad tengo en reconocerlo y proclamarlo: el niño, aun aquél que recibió del cielo el más hermoso carácter, es un sér ligero, veleidoso, que vaga de deseo en deseo, á merced de su propia inconstancia. Parece que ninguna cosa le puede fijar, que es incapaz de aplicar á nada su corazón, de tomar una resolución formal, de seguir un partido serio: en cualquier cosa parece que no sabe seguir más que sus gustos, sus más frívolos caprichos, y que no está fijo más que en su eterna agitación. Pero, permítanme los maestros que se lo diga con llaneza: la más meritoria alabanza, la gloria más genuina de la Educación está en vencer esa ligereza, en fijar esa inconstancia; ahí está también el principal trabajo y la gloria principal de la juventud.

Yo — ¡gracias sean dadas á Dios! — he asistido á este triunfo y he disfrutado de él: he visto niños, antes de los doce años, fieles á las horas de silencio, atentos á las lecciones de ciencia y de virtud, diligentes en el trabajo, ardientes en las lides de la emulación, recogidos en los rezos; y, al verlos, me dije más de una vez: ¡Qué gozo tan puro, qué dicha para los que educaron á estos niños, y llegaron á formar espíritus tan juiciosos, corazones tan firmes, almas tan formales en tan temprana edad! ¿Y cómo no amar á niños tan decididos y tan amables? ¡Qué dicha consagrar á su formación el amor y todos los cuidados de que uno es capaz! ¿cómo no admirar niñez tan noble, niñez tan pura, tan generosa y tan dócil?

Perdónenseme mis prevenciones en favor de esta

edad; pero — quiero decirlo francamente — tengo todo mi empeño en persuadir á los instructores de la juventud que los defectos naturales del niño, esos defectos de los cuales tanto se espantan muchos, son los que deben alentar su celo, su cariño, y — estaba por decir — su respeto para con la niñez.

Mírenlo de cerca, y verán que el niño más revoltoso, el más bullidor y travieso tiene, á vueltas de sus defectos, mucho de verdadero, de ingenuo, de natural; lo cual es de inestimable precio y merece todas nuestras atenciones. En edad más crecida, ¡ay! nuestras buenas cualidades tienen ciertas sutilezas que las adulteran: el niño es naturalmente recto y sincero; aun no tiene nada de disimulado, ni de fingido; á veces parece rebelde, enemigo de la sujeción y despreocupado; y francamente, nos dolemos de ello. Por lo que á mi hace, yo no me dolía más que á medias; porque siempre le vi sin afectadas y pretenciosas reservas, sin celos, y, á pesar de su instintivo egoísmo, le vi sin inquietas ó arteras miras sobre sí mismo, sin reservadas preocupaciones.

Sencillo y expansivo, libre en sus carreras, el niño no cuida de disfrazarse ni de componer sus modales con artificio; y en los preciosos momentos en que gusta de sentarse á vuestro lado, de escucharos con atención, os maravillaréis de ver lo que cien veces he visto yo, cuán digno es de la más dulce, de la más íntima familiaridad; cómo vuestro cultivo ha penetrado en esta tierra virgen; con qué facilidad se halla la senda de su corazón, para grabar en él con rapidez las más hondas impresiones.

Sí: el niño más atolondrado, iba á decir, el más violento, es el que más pronto muestra á los que saben

hacerse amar, cierto dejo de candor y de sinceridad que arrebatan; es el que hace sentir muy luego en el corazón, cuando se ha sabido enternecerle, no sé qué dulzuras, inocencia, alegría y paz que conmueven hasta lo más hondo de nuestra alma. De propósito insisto sobre este pensamiento: sea cual fuere la aspereza de su carácter y aun la violencia de sus pasiones, cuando un niño se ve libre de ruindades, cuando conserva la rectitud, cuando tiene ánimo, fondo de verdadera sensibilidad, sentimiento religioso, no hay para qué descorazonarse.

Fenelón habla, y no recuerdo dónde, de cierto niño que pusieron á su cuidado durante una buena temponada, y que, jovencito y todo, era muy despierto, atrevidillo, y tenía labia que le sobraba para no callarse nunca; era además de natural violento, hasta llegar á ser terco inclusive, de vivísimas pasiones, de caprichos violentos, de impetuoso humor, y sin reflexión bastante para saberse reprimir. Una vez que se hubiera enojado, ¡poco que le costaba volver en sí!; jamás se lograba hacerle reconocer su yerro. Manteníase tieso, duro, con toda su sangre fría, y menospreciaba toda corrección.

Y ¡quién lo creyera! estos mismos defectos eran los que á Fenelón daban grandes esperanzas para el porvenir de nuestro joven. *Sus defectos*, decía, *nacen del temperamento y de la edad. Motivos fundados tengo para creer que la buena Educación y una razón más asentada los han de convertir en preciosos talentos. Es un vino cuyo verdor se trocará en fuerza. Es un natural muy fuerte; no hay más que suavizarlo. No temáis: la edad que robustece la razón, el ejemplo, la instrucción, la autoridad, templarán esta impetuosidad infantil.*

Mucha dulzura, mucha paciencia y mucha firmeza se necesitan con él...

Es preciso llevarle con dulce, paciente y tranquila firmeza (1). *Hay aquí un fondo de juicio y de energía, del que se puede esperar mucho; como poquito á poco se le vaya acostumbrando á moderarse, este niño ha de poseer cualidades, pero ventajosísimas.*

Aquí descubre Fenelón uno de los más profundos secretos de la naturaleza humana y de la moral cristiana, y el que más importa comprender á los que se dedican á la Educación de la juventud.

Los naturales muy vivos, los más fuertes y felices no son, efectivamente, los que carecen de todo defecto, sin pasiones y sin combates. ¿Quién no sabe las luchas y las victorias de San Pablo, de San Agustín, de Santa Teresa, de San Jerónimo, de San Francisco Javier y de tántos otros?

Jamás pensó nadie en educar niños bonachones, sin pasiones y sin defecto ninguno. Estaba por decirlo, no

---

(1) Fenelón amaba mucho á los niños. Y ¡vaya si los amaba! A los 64 años tomó á su cargo, durante un otoño, el cuidar de la educación de los hijitos del duque de Chaulnes, en su propio palacio de Cambray; no acertaba á tratar de ellos más que con ternísimas palabras

No olvide S. S., escribía al padre de aquellos niños, *que me ha prometido sus hijos para la hermosa estación del otoño. ¡Qué gusto voy á tener en estarme con ellos!*

Y en otra ocasión: *Le pido á S. S. sus queridos hijos, que lo son también míos. No crea S. S. que me estorbarán poco ni mucho; me pienso extasiar con ellos; yo seré su primer preceptor, á las órdenes de M. Gallet.*

Déjeme S. S. la niñez; me darán mucho placer, y yo procuraré no serles inútil.

Otra vez escribía á la madre de los mismos: *Por lo que hace á la familieja, estoy muy contento de tenerla aquí; los amo tiernamente. Me alegran mucho No me estorban nada.*

hay cosa peor que semejantes niños... ni hay cosa más problemática que el resultado de su Educación. Por lo que á mí hace, siempre tuve este presentimiento; y así solía decirlo: *¡Son aguas dormidas y engañosas; de ahí nos ha de salir más mal que no bien!*

Valen más, pero mucho más, los naturales vivos, impetuosos, ardientes, apasionados. Sin duda, tienen necesidad de ser corregidos y enérgicamente gobernados; pero también ofrecen poderosos resortes para grandes cosas.

En efecto, ¿qué entienden por pasión los maestros de moral? Entienden y dicen que son poderosos acicates, impetuosos movimientos del alma que la arrastran hacia el amor ó hacia el odio. ¿A qué las han comparado? Las han comparado á generosos corceles que arrastran y precipitan el alma ó en el sumo bien, en el heroísmo, ó en el mayor mal, según que lleve las bridas una mano firme ú otra débil é indolente.

Así, pues, que los niños sean ardientes, que arrebatados, que fogosos, que tengan imaginación ardorosa y soñadora, espíritu altivo, carácter irritable, sensibilidad extrema: es cosa que no me espanta por lo que mira á su Educación; éstos siquiera no languidecerán en lastimosa medianía sin defectos ni correcciones, sí; pero también sin verdadera virtud: no pido para ellos más que una mano capaz de tomar las riendas y de dirigir hábilmente su valiente y generoso natural.

Estos niños que tantos disgustos me causaban, tenían en el fondo un corazón de oro, espíritu levantado, alma noblota. Siempre los hallé veraces, sensibles, sinceros; de ordinario eran los más agradecidos entre todos, y, en el fondo, eran los más dóciles, los que más denodadamente se acostumbraban á la obe-

diencia, al trabajo, al amor de las letras y al respeto para con sus maestros: siempre los vi más prontos al entusiasmo por el bien, que al resentimiento por el mal que creyeran habérseles inferido. Y cuando, á la postre, el feliz natural que en ellos había, triunfando de los defectos y de las flaquezas de la edad, mediante la gracia de Dios y una buena Educación, se afianzaba en la sabiduría y en la virtud, llegaban á ser en realidad niños que para los veinte años prometían ser *los más amables y los más generosos entre los hombres* (1).

(1) Rousseau.

CAPÍTULO II

El Niño: mis experiencias.

Muy cierta cosa es que para ser útil á los niños, para no descorazonarse por sus defectos, para descubrir todas sus hermosas cualidades, se hace necesario amarlos; hay que sentir la felicidad de ser amado de ellos; hay que tomar interés por ellos; hay que poner el contento en verlos y tratarlos de cerca; hay que estudiarlos con inteligencia y amor; hay que tomar gusto en conversar familiarmente con ellos: su natural, su humor se templa y se suaviza con tales conversaciones. Entonces desaparece de ellos toda altivez, toda aspereza; no solamente se tornan finos, urbanos, tratables, complacientes, sinceros, joviales, reconocidos y tiernos; sino que su espíritu se eleva, ábrese su corazón y se expansionan y dejan vislumbrar en aquellas profundidades cosas, pero ¡qué tiernas! Su alma se franquea de par en par; á través de aquella carita fresca y risueña, como un capullo, y en el fondo de aquella inquieta criatura, descúbrese un no sé qué grandioso y divino, que por de pronto se admira, y más tarde se venera con ternura.

Cuando habla Fenelón de este maravilloso encanto, que hemos dado en llamar sencillez, ingenuidad, dice